Marinero en tierra

Leí por primera vez *Marinero en tierra* allá por el año 1966 ó 67, más o menos con la misma edad que tenía Alberti cuando lo escribió poco antes de 1924: fecha emblemática de su lanzamiento como poeta a raíz de la concesión del Premio Nacional de Literatura por un jurado ejemplar, según se ha repetido tantísimas veces. Esa lectura original me produjo entonces una considerable emoción, motivada, entre otras razones, por mi condición de gaditano de la bahía que estaba íntimamente relacionado con el paisaje marino y sus circunstancias, que el poeta evocaba y transmitía en sus versos. Tanta fue mi impresión —además, en aquellos tiempos tan sombríos para el país—, que decidí escribirle al autor, del que me enorgullecía también por su paisanaje. Una carta larga e ingenua, en la que le hablaba del mar de mi marinero en identidad con el suyo, le envié a su exilio romano del Trastévere. Y ya me veía yo con su respuesta manuscrita presumiendo entre los amigos... Mas como cabía esperar, mi carta no tuvo respuesta, lo que supuso para aquel joven idealista una íntima decepción, luego superada y compensada sobradamente por motivos de admiración literaria y afecto personal.

La edición que manejé en aquella lectura fue la de sus *Poesías completas* en la editorial Losada de 1961, que seguramente había conseguido en la trastienda de alguna librería, en peripecia frecuente durante esos años de censura. Era una edición donde tras el índice autobiográfico aparecía destacado el título de *Marinero en tierra* y su fecha. Con el tiempo comprobé que esa versión del libro difería en varios poemas de la versión primitiva: textos que Alberti había ido suprimiendo, añadiendo y corrigiendo en sucesivas ediciones. Y hace poco comprobé asimismo que la de 1961 se diferenciaba en casi nada de la aparecida en el tomo I de sus *Poesías completas* (edición de Luis García Montero), publicada por la editorial Aguilar en 1988. Después de más de veinticinco años entre ambas versiones —y esto de las variantes en versos y poemas lo ha estudiado muy rigurosamente el profesor Robert Marrast[1], Alberti apenas había modificado el título de un poema —el que antes se llamaba «Del poeta a un pintor», ahora es «A Gregorio Prieto y Rafael Alberti»—, y había incorporado contadas dedicatorias a Ernesto y Rodolfo Halffter, Dámaso Alonso, José María Chacón, Juan Chabás, José María Hinojosa, José Bello, Gustavo Durán y Celestino Espinosa. Para ser más exacto, en la edición del año antepasado también había incluido una prosa breve y preliminar de 1967, alusiva a su condición de *poeta del mar* y heredero —«como García Lorca por su lado»— de los cancioneros musicales de los siglos XV y XVI de la mano de «un poeta maravilloso, el hispano-portugués Gil Vicente». Advertí, pues, que mientras la primera versión —tan elogiada por Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, entre otros— era, efectivamente, la obra virtuosa y vital de un poeta joven con gran talento, la versión definitiva añadía a todos esos atributos personales, el de la más probada madurez en el oficio, el de la experiencia y rigor crítico, así como la confirmación reiterada de que la obra del poeta, como sucede con el oro, puede ser maleable en su concepción, elaboración y consolidación, cuando ésta se persigue y alcanza.

Pues bien, una vez situado, centraré mi exposición en las consideraciones que me suscita la relectura de *Marinero en tierra* en estos momentos de mi vida, cuando las condiciones personales y objetivas parece que han evolucionado. La edad no es la misma, ni la memoria, ni la pupila que se contrae con la luz, ni el oído que se ajusta a otra música, ni, por supuesto, los contrastes. Lo más firme, aunque algunos títulos me interesen más que otros, como es lógico— es mi reconocimiento hacia

[1] *Robert Marrast:* Marinero en tierra, La amante, El alba del alhelí. *Clásicos Castalia. Madrid, 1972.*

la obra plural de este escritor nuestro, resultado fehaciente de sus cualidades artísticas y de su trabajo constante, como ingredientes imprescindibles para alimentar una trayectoria tan dilatada, heterogénea, múltiple y valiosa.

Dicho esto, me planteo la duda de si todavía puede hablarse de *Marinero en tierra* —obra tan leída y tan estudiada— con pretensiones de novedad interpretativa y crítica. Sinceramente creo que no, y menos cuando el interlocutor no es un auténtico profesional de la crítica, como es mi caso, sino simplemente un asiduo y fervoroso lector de poesía con propósitos, quede claro, nada concluyentes. No obstante, uno puede sugerir concretas observaciones acerca de la estructura de esa obra y de sus contenidos, a fin de incitar a los que aún no la hayan leído para que se sumerjan en sus páginas sin incertidumbres ni temores sobre su posible complejidad, aridez y, en fin, carencia de atractivos. Porque, aun recordando que pertenece a la primera y más alejada época del poeta: la denominada neopopularista que, según Gustav Siebenmann, es «el estilo al que ha permanecido fiel más largamente, y del que se ha vuelto a acordar en sus días de madurez»[2], *Marinero en tierra* era, y me sigue pareciendo, un libro de grata lectura, lenguaje asequible, un conjunto de poemas que destila vitalidad y elegancia y que, como afirma Solita Salinas, puede considerarse «uno de los más alegres de la literatura española, si no el más alegre»[3]. Desde «Sueño del marinero», como prólogo en tercetos encadenados, pasando por los diez sonetos de la primera parte, las treinta y tres canciones de la segunda hasta los sesenta, y cuatro poemas de la tercera —introducida esta última parte por una hermosa y alentadora carta de Juan Ramón Jiménez, fechada el 31 de mayo de 1925—, la obra entera se resume como un compendio de tradición y modernidad, donde se mezclan versos endecasílabos y alejandrinos con los de arte menor, las estrofas clásicas con las nuevas canciones, el lenguaje convencional con el experimental, los usos normales con los juegos de palabras, y las comparaciones más elementales con atrevidas, alógicas metáforas. Y todo ello en profusos alardes de intuición poética, agudeza lírica y afortunada musicalidad.

Así pues, la experiencia de lector se garantiza atractiva. Sigue siendo atractiva en su conjunto, y aún más en determinados poemas que llevamos prendidos al oído y en la punta de la lengua de generación en generación. Esto es: «Si Garcilaso volviera, / yo sería su escudero; / que buen caballero era.»: lo escuchábamos a nuestros mayores y lo recitan nuestros hijos. Y eso por poner cualquier ejemplo, pues los límites de esta comunicación no permiten mucho más.

Mejor será, pues, generalizar sobre la atmósfera recurrente que se transmite en esas nanas y madrigales, en esos pregones, sonetos y elegías del libro, porque es una atmósfera absolutamente cercana y familiar, conocida y necesaria, perteneciente a nuestro entorno más prodigioso, como es la naturaleza de la bahía gaditana: leitmotiv en toda la literatura de Alberti. Y porque está obligada generalización mía puede acercar distancias respecto a un léxico y un significado concebido y escrito hace más de sesenta años.

Uno de los que más recientemente han inventariado la semántica de *Marinero en tierra*, en un estudio[4] detallado y circunscrito al entorno de la naturaleza, ha sido el joven profesor gaditano, Javier de Navascués Martín, de la Universidad de Navarra. Antes que él lo hicieron otros estudiosos de la obra albertiana, entre los que me apetece recordar a José Luis Tejada[5] por razones de irreparable ausencia. A todos esos ensayos me remito, porque en ellos están analizados pormenorizadamente los distintos temas y símbolos, que yo no puedo sino esbozar.

El protagonismo fundamental lo tiene el mar, como parece evidente, con sus minerales, su flora y su fauna, las embarcaciones que lo surcan y sus más conocidos personajes (el vigía, el pirata, el grumete, el torero, etc.). El mar que es a la vez origen y fin, nacimiento y muer-

[2] *Gustav Siebenmann:* Los estilos poéticos en España desde 1900. *Editorial Gredos. Madrid, 1973.*

[3] *Solita Salinas:* El mundo poético de Rafael Alberti. *Editorial Gredos. Madrid, 1968.*

[4] *Javier de Navascués Martín:* El entorno de la naturaleza en «Marinero en tierra» (estudio léxico-semántico). *Universidad de Navarra, septiembre, 1989.*

[5] *José Luis Tejada:* Rafael Alberti, entre la tradición y la vanguardia. Poesía primera: 1920-1926. *Editorial Gredos. Madrid, 1977.*

Marinero en tierra *(estudio crítico sobre la edición primitiva). Diputación de Cádiz, 1987.*

te. La tercera parte está íntegramente dedicada a poemas marinos, aludiéndose en la primera y segunda a la relación del mar con otros elementos. Quiero decir, el elemento tierra, que también acaba convirtiéndose en mar albertiano; o el aire, que resulta símbolo de libertad hecho viento y, en diversos pasajes, signo de alejamiento y aventura; o el fuego, en mucha menor frecuencia. Tanto la tierra como el aire de nuestro marinero —siempre oportunamente trajeado—, se describen, según hace con el mar, como universos maravillosos e interrelacionados, llenos de misterios, con sus animales —los más insignificantes (la cochinilla, la lombriz, el gorrión, la abubilla y la calandria, por citar sólo algunos) y los más emblemáticos (el gato, la corza, el lobo o la paloma, que tanta importancia tiene en la poesía de Alberti)—, con sus árboles (el pino, el sauce, el almendro...), sus plantas del aire (el mirto, el laurel, la palmera y el loto) y sus frutos (la manzana, la mora, la naranja y el ajonjolí...), con sus estaciones donde se dan la nieve y la lluvia, y su firmamento, donde brillan el sol, la luna y las estrellas. En fin, toda una cosmopoética en torno a la nostalgia del mar de su infancia en el Puerto de Santa María, recreado desde la distancia en los límites de un libro que, como recuerda Rafael Alberti en *La arboleda perdida,* «está lleno de muchas cosas pequeñas, pero concebido como una totalidad».

A esa plenitud os invito en la confianza de haber encontrado hoy nuevos pasajeros para esta aventura marina llena de emociones y riesgos.

Jesús Fernández Palacios

La amante

Unas declaraciones de Jose María Amado en *El País* tituladas: «La memoria lírica», me confirman que el tema de la llamada generación del veintisiete habrá de quedar como la famosa sinfonía, para siempre inacabado. «Heredero espiritual» y «resucitador» de la revista *Litoral,* según la entrevista, me ha traído una presencia casi corporal y aspectos y aires personales desde un punto de vista lícitamente subjetivo como lo puede ser el de aquel que convivió con los poetas integrados en el grupo generacional, de forma que lo poco que escribí para esta lectura de los poemas de *La Amante* me pareció algo dicho ex-cátedra, distante y frío como un saludo respetuoso, el mismo que dedico a toda crítica literaria que, por cualificada que sea, nunca puede retornarnos al calor de «lo vivo lejano», tal una experiencia o roce personal de quien ha quedado impregnado para siempre de la vitalidad y sensualidad de una aventura cotidiana.

Advierto sin extrañeza que surgen desde estas declaraciones dos inevitables comparativos: Federico, Rafael. Comenta Amado los «ninguneos» y silencios de los que se salvaron García Lorca, porque lo mataron, y Rafael Alberti «al que no se le podía ignorar por ser un chorro de imaginación que levanta una piedra, si se la ponen encima». Y en cuanto a los aspectos vitales, que Lorca era como un torbellino y Alberti sólo alegre cuando escribía. Siguiendo este paralelismo me acerco a José Luis Tejada que en su libro, ya imprescindible para el conocimiento de la obra albertiana, *Rafael Alberti entre la tradición y la vanguardia,* en rebusca de fuentes, dice así: «Si Lorca se inspira en el floklore inmediato, Alberti bebe de las fuentes más antiguas. Si el granadino pa-